

JACULATORIAS. — Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.
(1. Reg. 3.)

Señor, ¿qué quieres que haga? (Actor. 9.)

PROPOSITOS.

1. Al principio del año formaste tu plan de vida, y el día siguiente renovaste el propósito de convertirte sin dilacion. Vuelve á leer lo que entonces escribiste, con los propósitos que se señalaron en el tercer día del año; y sin andarte entreteniéndolo mas en vanos deseos, ni engañándote con vanas ideas, tómate cuenta á tí mismo; y si hallares que desde entonces acá en nada te has reformado, pregúntate en qué pararon aquellos grandes proyectos de conversion, y concluye que todós fueron cosa de juego.

2. Considera en particular cual es tu pasion dominante, porque todos tienen cierta pasion favorecida, á la cual no se la ha de tocar en el pelo de la ropa. Resuélvete desde luego á no darla cuartel, á no hacerla gracia: y para no incurrir en adelante en otra tal ineficacia, imponte por modo de penitencia una limosna, ó alguna mortificacion por espacio de quince dias, siempre que cayeres en semejante falta. Cuando se quiere de veras una cosa, se aplican los medios para conseguirla. Las resoluciones vagas ó ineficaces solo sirven para adormecernos en nuestros desórdenes. Todos los dias meditar y no enmendarse, viene á ser estudiar en ser tibio sin remordimiento. Ninguno hay que no tenga necesidad de convertirse, porque ninguno se hallará que no necesite de alguna reforma. Examina hoy si te has enmendado en aquellas faltas de que te acusas en casi todas tus confesiones: si has pagado esos salarios, esas deudas, como lo habias prometido: si has hecho esa restitucion, que tanto tiempo ha agrava tu conciencia. ¿Eres ya menos colérico, y no tan arrebatado? ¿Eres ya mas vigilante en el cuidado de tu familia, y en la educacion de tus hijos? ¿Cumples mejor con las obligaciones de tu estado? ¿Eres mas fervoroso y mas exacto en la observancia regular? Si te faltan estas señales de conversion, no te des por convertido; pero comienza desde este dia á convertirte, y determina dos ó tres puntos de enmienda que sirvan de prueba, y acrediten tu reforma.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

SAN POLICARPO, discípulo de S. Juan Apóstol, en Esmirna, y consagrado obispo de esta ciudad; fué el primado de toda el Asia: después siendo emperadores Marco Antonino, y Lucio Aurelio Commodo, por sentencia del procónsul pidiendo contra este Santo todo el pueblo, fué condenado á la hoguera, y habiendo salido ileso, herido con una espada alcanzó la corona del martirio. Con él fueron tambien martirizados en la misma ciudad otros doce que venian de Filadelfia. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS TEÓGENES, obispo, y otros TREINTA Y SEIS, en Hipona la Real, en Africa, los cuales, perdido el miedo de la muerte temporal, durante la persecucion de Valeriano, alcanzaron la corona de la vida eterna.

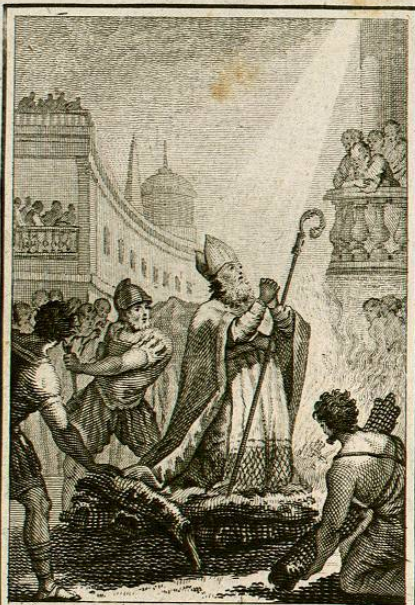
LA MUERTE DE SANTA PAULA, madre de santa Eustoquio, virgen de Jesucristo, en Belen de Judá, la cual siendo de la nobilísima estirpe de los senadores, renunciando al mundo y distribuyendo sus bienes á los pobres, se retiró al pesebre de Jesucristo, en donde adornada con muchas virtudes y coronada con un largo martirio, pasó al reino celestial. Su vida maravillosa la escribió S. Jerónimo. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SANTA BATILDA, reina, ilustre en santidad de vida y en milagros.

SAN POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA Y MÁRTIR.

SAN Policarpo, discípulo de S. Juan Evangelista, obispo de Esmirna y mártir, nació por los años 70 de Cristo, en tiempo del emperador Vespasiano, y fué convertido á la religion cristiana en su niñez, cuando imperaba ya Tito. Hizose no solo querer, sino estimar aun de los mismos Apóstoles por la inocencia de sus costumbres, por el fervor de su piedad, por el ardiente celo que mostraba en todo lo que pertenecía á la religion. Tuvo la fortuna de conocer y de conversar con muchos que habian tratado al Salvador cuando vivia en el mundo: fueron sus maestros los Apóstoles; y S. Juan Evangelista tomó especialmente á su cargo el cuidado de enseñarle. En tal escuela y con las nobles disposiciones que habia recibido del cielo, ¿cuantos progresos haria?

«Policarpo (dice S. Ireneo en el libro de las herejías) no solo «fué enseñado por los Apóstoles, y conversó con muchos que «habian conocido en vida á Jesucristo, sino que los mismos «Apóstoles le eligieron por obispo de Esmirna en Asia. Yo le al-



S. POLICARPO, O. Y M.

«cancé en mis juveniles años, porque murió muy viejo, y tenía
«ya muchos cuando salió de esta vida por medio de un glorio-
«sísimo, y muy ilustre martirio. Enseñó siempre aquella misma
«doctrina que había aprendido de los Apóstoles; la que enseña
«la Iglesia, y la que es únicamente doctrina verdadera. Todas
«las Iglesias de Asia y todos los que hasta ahora han sido suce-
«sores de Policarpo en la silla episcopal, dan testimonio de que
«fué inviolable predicador de la verdad, mas digno de fe que
«Valentino, Marcion y los demás descaminados, que se han de-
«jado llevar de la mentira y del error. En tiempo de Aniceto
«vino á Roma, convirtió á la fe, y reconcilió con la Iglesia de
«Dios á muchos secuaces de los herejes: publicando que la
«doctrina, que él había aprendido de los Apóstoles, era única-
«mente la que la Iglesia enseñaba.» Hasta aquí son palabras de
S. Ireneo.

Como era S. Juan el que tenía á su cargo todas las Iglesias
de Asia, él fué quien le encomendó la Iglesia de Esmirna, con-
sagrándole por obispo de ella por medio de la imposición de las
manos, poco tiempo antes que saliese á su destierro á la isla de
Pathmos. Tiénese por cierto que los elogios que el santo Evangelista
da en su Apocalipsi al ángel, esto es, al obispo de Esmirna, se
dirigian á S. Policarpo: el único de los siete obispos que fué de-
clarado por irrepreensible de boca del mismo Cristo; por estas pa-
labras: *Yo sé que padeces, y que eres muy pobre: con todo eso
eres muy rico, porque eres objeto de la murmuracion de aquellos
que se llaman judios, y no lo son, porque componen la sinagoga
de Satanás. No temas por lo que te resta de padecer. Ves aquí
que el demonio va á meter en la cárcel á muchos de vosotros,
para que todos seais probados; y vuestra tribulacion será de
diez dias. Sé fiel hasta la muerte, que yo te daré la corona de-
bida.*

Con efecto tuvo Policarpo gran necesidad de mucho valor, y
de mucha paciencia para sufrir las persecuciones que se levantaron
contra él, no solo de parte de los paganos, sino tambien de los he-
rejes, y de los falsos hermanos, que por largo tiempo ejercitaron
su virtud, y sufrimiento.

Habiendo muerto su amado maestro S. Juan, quedó Policarpo
privado de un gran socorro, y de un dulcísimo consuelo: pero
conservó siempre sus máximas, y su espíritu, tanto que parecia
hablaba Juan por boca de Policarpo.

Fué condenado á muerte su grande amigo S. Ignacio, obispo
de Antioquía, por el emperador Trajano, que se hallaba á la
sazon en Siria; y se dió orden de que fuese conducido á Roma,

donde había de ser echado á las fieras por la fe de Jesucristo,
en el anfiteatro público. Tuvo gran consuelo S. Ignacio de pasar
por Esmirna, y dar un abrazo antes de morir á su amigo Poli-
carpo. Llenóse de gozo cuando vió la Iglesia de Esmirna tan fer-
vorosa y tan florida, y dió mil gracias á Dios por haberla conce-
dido un pastor tan santo, tan vigilante, y tan prudente. Ambos
habian sido discípulos del sagrado Evangelista, y desde en-
tonces habian contraído una estrechísima amistad. Antes de lle-
gar á Roma S. Ignacio, escribió á S. Policarpo, á quien no solo
tenia por amigo, sino que en cierta manera le trataba como á
hijo, por ser mucho mas anciano que él. Con esta licencia le da
en la carta unos consejos semejantes á los que S. Pablo daba á
su discípulo Timoteo. «Cumple (le dice) con las obligaciones de
«tu cargo, dando á él toda la aplicacion de tu cuerpo, y de tu
«espíritu. Sufre á los demás, como el Señor te sufre á tí. Si to-
«dos te dieren que padecer, padece de todos con caridad, como
«lo haces. Pide á Dios la sabiduria, aun en mayor abundancia
«que la que tienes. Vela, puesto que posees un espíritu que no
«duerme. Habla á cada uno en particular; segun lo que el Señor
«te diere á entender. Lleva en paciencia las flaquezas de otros,
«como perfecto atleta. Cuando el trabajo es mayor, tambien es
«mayor el provecho. El que ames á los buenos, ni dado ni
«gracia. Aplicate á ganar los mas perversos por la dulzura. No
«todas las llagas se curan con un mismo remedio. Las inflamacio-
«nes se supuran, bañándolas, rociándolas. No te dejes aturdir de
«los que parecen dignos de fe, y enseñan errores. Mantente firme,
«como se mantiene el yunque, por mas que le golpeen. Es pro-
«pio de un grande atleta ser despedazado, y vencer.»

Hallándose S. Ignacio en Filipos de Macedonia, escribió otra
segunda carta á S. Policarpo, en toda la cual le habla con la li-
cencia de anciano, con la autoridad de obispo, con la cordialidad
de amigo, y con el fervor de mártir, que estaba ya casi tocando
con la mano la corona en el fin de su gloriosa carrera.

S. Ireneo, su amigo antiguo, y su discípulo ilustre, dice que
fué testigo ocular de la santidad de toda su vida, de la gravedad
de todas sus operaciones, de la majestad de su semblante, y de su
porte, de su inmensa caridad, y de la maravillosa estimacion que
se ganó en el concepto de todos.

Habiendo sido discípulo de S. Juan Evangelista, no es de es-
trañar se le hubiese pegado un ardentísimo amor á Jesucristo,
y una devocion muy tierna á la santísima Virgen María. Se ha
hecho la prudente y especial observacion que todas las iglesias
que lograron la dicha de tener por obispos, ó á los santos Após-

toles, ó á sus discípulos, han conservado siempre una devoción muy particular á la Madre de Dios, y Reina de los Angeles.

Hallándose ya S. Policarpo en los ochenta años de su edad, pasó á Roma para consultar con el Papa Aniceto algunos puntos sobre la disciplina eclesiástica; especialmente el que entonces era muy controvertido acerca del día en que los cristianos habian de celebrar la Pascua. Fué utilísima la mansion que hizo en Roma nuestro Santo para algunos fieles que estaban algo tocados del veneno de las nuevas herejias. Quedó confundido el error con la presencia, y con la doctrina de un discípulo tan ilustre de S. Juan Evangelista. Encontrando un día en la calle al herejiarca Marcion, preguntó éste al Santo si le conocia, y Policarpo le respondió: *Si, ya te conozco; y ya sé que eres el hijo primogénito de Satanás.*

Vuelto al Asia nuestro Obispo no gozó por mucho tiempo de la paz en que habia dejado á su Iglesia al tiempo de partir á Roma. El emperador Marco Aurelio, que habia sucedido á Antonino, teniendo á los cristianos por enemigos de sus dioses, hizo punto de honra y de religion el esterminarlos del mundo. Esto dió lugar á la sexta persecucion, que fué una de las mas crueles; y la Iglesia de Esmirna fué uno de los primeros teatros de ella. El procónsul Quadrato dió principio á la persecucion mandando echar á las fieras doce cristianos traídos de Filadelfia. Era como capitan de esta tropa S. Germánico, cuya constancia irritó tanto á los gentiles contra los cristianos, que el pueblo comenzó á clamar por su muerte, pidiendo ante todas la de Policarpo, cuya presencia hacia invencibles á los fieles, inspirándoles el menosprecio de la muerte, y de todos los tormentos.

Quiso el Santo mantenerse en la ciudad, sin hacer caso de estos clamores, y continuar sin novedad en sus visitas pastorales; pero se vió precisado á ceder á las ardientes instancias de los cristianos que le obligaron á retirarse, y esconderse en una casa de campo, donde no estuvo muchos dias, y los pocos que estuvo los pasó en continúa oracion dia y noche.

Tres dias antes que le prendiesen, tuvo una vision en sueños, pareciéndole que ardia la almohada sobre que reclinaba su cabeza. Luego que despertó, juntó á los fieles, y les dijo: Tened por cierto que dentro de pocos dias he de ser quemado vivo. Demos por siempre gracias á nuestro dulcísimo Jesus, que me quieré hacer merecedor de la corona del mártirio. Al dia siguiente se halló la casa cercada de soldados, y de guardas. Hallábase el

Santo en oracion en el desvan de la casa, y oyendo el ruido se ofreció por víctima al Señor, suplicándole se dignase aceptar el sacrificio de su vida; y lleno de extraordinaria alegría, bajó donde estaban los soldados; saludó cortesmente al oficial que los mandaba; declaróle quien era, rogóle que entrase con su gente á descansar un poco; mandó que les dispusiesen de comer, y él se retiró á continuar su oracion.

Quedaron atónitos el oficial y los soldados al ver tanta serenidad, tanta dulzura y tanta mansedumbre, llenándolos tambien de veneracion, y de respeto la majestuosa presencia de aquel venerable anciano; pero al fin eran mandados, y no podian dejar de cumplir su comision, aunque ya con general dolor de todos. Al amanecer hicieron montar al Santo en un humilde jumento para ir á Esmirna. Poco antes de entrar en la ciudad, encontró al corregidor y á su padre Nicetas que iban de paseo; obligaronle á que se metiese en su coche, y comenzaron á persuadirle con las razones mas vivas y mas blandas que pudieron á que se rindiese al Emperador, y sacrificase á los dioses. Indignado el santo Obispo que tuviesen valor para hablarle en aquella materia, les respondió con tanta resolucion, y con tanto brio, que le arrojaron violentamente del coche; quedando no poco maltratado del golpe que recibió en la caída.

Al entrar en el anfiteatro oyó una voz del cielo, que le decia: *Buen ánimo, Policarpo, y está firme.* Fué luego presentado ante el tribunal del procónsul, que le exhortó mucho á que obedeciese, y considerase que ni sus años, ni su gran debilidad, podrian tolerar el rigor de los tormentos á que irremisiblemente le condenaria, si al instante no maldecia á Jesucristo. Entonces el santo viejo, como recogiendo todos los espíritus de su celo, y cobrando un vigor, y un tono de voz muy superior á su avanzada edad, le respondió de esta manera: *Ochenta y seis años ha que sirvo á mi Señor Jesucristo: nunca me ha hecho algun mal, y siempre me ha hecho mucho bien; recibiendo cada dia de su mano nuevos favores. ¿Pues como quieres que maldiga á aquel que me dió la vida, que es mi Criador, mi Salvador, y mi Padre, árbitro de mi suerte eterna, el que há de juzgar á todos los hombres, y finalmente mi Dios, á quien debo todo mi amor, todo mi reconocimiento, y todo mi respeto?*

Irritado el procónsul con una respuesta que no esperaba, le amenazó que le echaria á las fieras. Confiado en mi Señor Jesucristo, respondió el Santo, no temo ni á las fieras, ni al fuego, ni al acero. Cuando oyó el pueblo estas palabras, comenzó á gritar enfurecido: *Pues dice no teme al fuego, que sea quemado*

vivo. Diciendo y haciendo luego encendieron tumultuariamente una hoguera, y arrojaron en ella á Policarpo, que con semblante alegre, y los ojos puestos en el cielo, se estaba ofreciendo á Dios en holocausto. Pero respetándole las llamas, le rodearon blandamente, y elevándose sobre la cabeza á modo de pabellon le cubrían sin hacerle daño. Pero mas irritados los paganos con este prodigio le atravesaron una espada por el cuerpo; y la sangre que derramaba el santo mártir, apagó el fuego. De esta manera acabó su gloriosa carrera Policarpo; y desde entonces celebró toda la Iglesia su ilustre martirio. Vénerele la Francia, y le ha venerado siempre por uno de sus Apóstoles, por haberle debido á S. Ireneo obispo de Langres, S. Andoco, S. Tirso y S. Andeolo; que todos fueron discípulos de nuestro Santo. Sucedió su glorioso martirio cerca del año 160 de nuestro Señor Jesucristo.

SANTA PAULA, VIUDA.

LA vida de Sta. Paula escribió S. Jerónimo con elegante estilo, confesando ingenuamente que si todos los miembros de su cuerpo se volviesen lenguas, no podía elogiar dignamente sus virtudes. Noble por su descendencia de los Gracos y Escipiones, pero mas ilustre por su santidad, cambió Roma por Belén, y á sus suntuosos palacios, por una pobre habitacion de aquella aldea. Su muerte no debe llorarse, decia el Santo; si celebrarse su tránsito á la patria celestial, por la que suspiró siempre en la peregrinacion de esta vida, quejándose, como otro David, muchas veces de la duracion de su destierro, clamando no pocas con el mismo real Profeta, cuando le afligian los dolores de las repetidas enfermedades que padeció: ¿Quién me dará alas para volar á la region feliz? Las alabanzas de esta celeberrima mujer, que todo el mundo elogia, y llamaron los pobres á boca llena madre, y admiraron los mas perfectos religiosos; no se fundan en el origen de su prosapia, ni en el poder de sus riquezas, sino en la renuncia de todas ellas por Jesucristo; de forma, que conocida solo en Roma por esos títulos, lo fué en todo el mundo por su desprecio y santidad.

Desposada en la edad competente con Toxocio de la ilustre sangre de los Julios, tuvo por frutos de su matrimonio cinco hijos que lo fueron Blasila, Páulina, Eustoquio, y Rufina con Toxocio del nombre de su padre, cuya muerte sintió en términos que se espuso á morir; pero convertida á Dios, resolvió no recibir á otro esposo que á Jesucristo. En cumplimiento del consejo evangélico sobre la perfeccion, distribuyó entre los pobres



STA. PAULA, VIUDA.

muchas riquezas con mano tan liberal, que para socorrerles les buscaba ansiosa por toda la ciudad, estimando por mengua de su caridad hubiese algun necesitado en Roma, que no se mantuviese de sus limosnas; respondiendole á sus parientes con mucha gracia cuando se quejaban de que en esto defraudaba á sus hijos: A buena fe, que mas cuantiosa y mejor herencia les dejó en la misericordia del Señor.

Ofendida de las frecuentes visitas, que por su calidad le hacian muchas personas de la mayor distincion, distrayéndola del reposo y quietud que apetecia, resolvió dejar al mundo, á fin de dedicarse á Dios enteramente. Para seguir vocacion tan acertada, se le ofreció una ocasion muy oportuna. Pasaron á Roma del Oriente, S. Paulino obispo de Antioquia, y S. Epifanio de Salamina en Chipre, á consultar varios asuntos eclesiásticos con el sumo Pontífice: hospedóles Paula en su casa, y con el trato de tan santos como sabios prelados, se avivó en su corazon la llama del amor de Dios en términos, que sintió vivísimos deseos de seguir en el desierto la vida de los Antonios, y Macarios. Muy en breve á la ausencia de aquellos héroes, con quienes por entonces navegó con el afecto, deliberó trocar la majestad de Roma por la aldea de Belen, sin que los ruegos de sus amigos, las quejas de los deudos, las murmuraciones del siglo, las súplicas y lágrimas de sus hijos fuesen capaces á detener su resolucion; pues preponderando en su espiritu el amor de Dios al que profesaba á quienes dió el ser, se desentendió de los respetos de madre por ser sierva de Jesucristo.

Con sola Eustoquio, hija fidelísima á las inspiraciones del cielo, se embarcó para la Tierra Santa, separando los ojos de la tierra para no dar lugar á los naturales sentimientos, viendo en el puerto los objetos mas amados, que dejaba en él anegados en lágrimas: suspirando con tanta ansia por Jerusalem, que los vientos mas frescos le parecian tardos, y perezosas las mas activas diligencias de los marineros; llegó á Chipre con vivos deseos de ver á S. Epifanio, á quien veneró postrada á sus pies, sin que pudiera detenerla en su compañía mas de diez dias, los cuales gastó en santas conversaciones y en visitar los monasterios de aquella region, dirigidos por tan célebre prelado, á los que socorrió con liberalidad. De allí partió á Seleucia, y de aquí á Antioquia, con ánimo de rendir sus respetos á S. Paulino, haciendo tan penosa marcha en el rigor del invierno sobre un humilde jumento, la que por su grandeza estaba habituada en Roma á pasear se en carrozas, y sillas de mano. De Antioquia pasó á Jerusalem, visitando de camino todos los lugares venerables por donde hizo

tránsito, dejando en ellos recuerdos memorables de su piedad. Supo el procónsul de Palestina, muy conocido de Paula y de su familia, la intermediación de su llegada á Jerusalem, y disponiéndole un hospedaje conforme á sus circunstancias, agradecida del servicio, rehusó admitirle, eligiendo para vivir una pobre habitación.

No es posible explicar el fervor, devoción, ternura y lágrimas con que visitó, y veneró Paula los santos lugares, que consagró el Señor con su real presencia, inmóvil de los primeros, si el deseo de ver los restantes no la separase. Entrando en el portal de Belen donde nació Jesucristo, juraba (según la oyó S. Jerónimo) que veía con los ojos de la fe á Jesus niño en el pesebre, envuelto en pobres pañales, adorarle los reyes, y festejarle los pastores con sus inocentes cantos, y dilatándose su corazón con la contemplación de aquel misterio, decía llena de gozo: Dios te salve, Belen, ó casa de pan, donde nació el pan de vida eterna, que descendió de los cielos; repitiendo con el mismo júbilo, anegada en tierno llanto, otras muchas expresiones del profeta, alusivas al elogio de aquel dichoso lugar.

Concluidas las visitas de todos los monumentos venerables de Jerusalem, pasó á los desiertos del Jordan, Galilea, Samaria y Egipto á satisfacer sus deseos de tratar á los venerables anacoretas, que habitaban en aquellas soledades; y besándoles los pies con la mayor humildad, se confesaba indigna de los honores que le tributaban, admirados de ver una matrona tan notable en traje tan despreciable hacer su peregrinación á pié descalzo, y lo que es más tan abrasada en la llama del amor santo, que prendía en todos el fuego que despedía su encendido corazón.

Finalizada semejante expedición, capaz de edificar los páramos, volvió á Jerusalem, donde se mantuvo tres años en una pobrísima habitación, siendo el ejemplo de toda la Tierra Santa, hasta que construyó los monumentos piadosos que eternizaron su memoria: además del hospital general que edificó para los peregrinos en el mismo lugar, que no lo encontraron la santísima Virgen con su esposo José, dado á sugetos de caridad conocida para que le administrasen, erigió un monasterio de vírgenes consagradas á Dios, con disposición tan maravillosa, que separadas en sus respectivas habitaciones, se juntasen todas para el oficio santo, sin que fuese lícito á alguna permanecer fuera de su estancia, después de dada la señal *alleluya*, haciéndolas cantar en la mañana, horas de tercia, sexta, nona, tarde y media noche todo el Salterio por su orden, el cual no ignoraban las hermanas; sin dejar de aprender todos los días parte de la San-

ta Escritura. A todas igualó en el hábito para evitar todo motivo de emulación; reprendía sus defectos con tal prudencia, que hecha primero cargo de sus temperamentos y condiciones, las corregía con actos contrarios: siempre las tenía ocupadas en labores de manos, á fin de separar de ellas la ociosidad, madre de todos los vicios, cuidando sobre todo en conservarlas separadas del comercio de personas de distinto sexo, para no dar lugar á las maledicencias, que podían suscitarse; sin permitir jamás á las señoras que se retiraban á su monasterio, que tuviesen compañeras ó criadas, para que no recordasen cosas pasadas en el siglo: basta decir, que llegó su prudencia y discreción en el gobierno á tal grado, que no pudo menos de admirarse como asombro de su sexo.

El heroísmo de las virtudes, que practicó Paula, no puede explicarse con lengua humana: en la humildad, cimiento sólido del edificio cristiano, fué profundísima: tanto que las muchas personas que concurrían á verla de todas partes, movidas de la fama de su eminente santidad, cuando no la hubiesen conocido antes, creían fuese la última de las criadas: tan abatida estaba entre los coros de las vírgenes, que en el vestido, en la voz, en el hábito y postura parecía la más ínfima de todas. Nunca tuvo otra cama que el duro suelo donde se reclinaba, si puede decirse este descanso; pues toda la noche estaba en oración, y dulces meditaciones, recreada con favores muy extraordinarios del cielo. Sus ojos eran dos fuentes copiosas de lágrimas, llorando las culpas leves, como si fuesen las más graves; y reprendida seriamente sobre sus excesivas penitencias por el Padre S. Jerónimo, le respondió, que era muy justo que recompensase con llanto las risas pasadas, y con mortificaciones las delicias que disfrutó su cuerpo en la vida anterior. Sus rigurosos ayunos fueron la causa de que cayese en peligrosas enfermedades, en las cuales jamás se dispensó de la abstinencia acostumbrada. En una de ellas aconsejada por los médicos, que bebiese un poco de vino para reparar el estómago enteramente debilitado, rehusándose á ello, rogó S. Jerónimo á S. Epifanio que la mandase obedecer. Hizolo el Santo: pero fueron tan eficaces las razones que alegó para excusarse, que faltó muy poco para persuadir al venerable anciano á que no bebiese vino al cabo de su vejez. Su caridad no tuvo semejante: tan liberal en las limosnas, que yéndola á la mano alguna vez S. Jerónimo sobre que se contuviese, le satisfizo que desearia morir tan pobre, que no pudiese dejar un real á su hija Eustoquio, gustosísima cuando la enterrasen en mortaja ajena.

A una virtud tan eminente no podia faltar el crisol de la contradiccion para mas purificarla. Fueron muchas las tribulaciones con que el Señor quiso probarla, mas su paciencia y tolerancia solo sirvieron de superior realce á su perfeccion, respondiendo con grandeza de ánimo, á los que procuraban persuadirla mudase de lugar para verse libre de la emulacion con que la perseguian algunos discolos, que en todas partes hace el demonio guerra á los que solicitan servir á Dios.

Aunque su asombrosa santidad la hacia tan recomendable, le daba mucho mas brillo su ingenio, y sabiduría: sabia de memoria todas las santas Escrituras, y no ignoraba la perfecta inteligencia de sus sentencias: aprendió las lenguas griega, latina, y la hebrea con tanta propiedad que en ella cantaba los Salmos sin la menor equivocacion.

Ultimamente, la continuacion de achaques, nacidos del rigor de sus escesivos ayunos y penitencias, la postraron en la última enfermedad, en la que acreditó Eustoquio el amor mas tierno y leal que pudo tener una hija á su madre, separándose de ella solo algunos instantes que iba al sitio donde nació Jesucristo á suplicarle se dignase concederle el favor de que fuesen ambas juntas en unas andas á la sepultura: y conociendo Paula acercarse la hora de su muerte, ansiosa como otro Pablo de disolverse para unirse con Cristo, repetía con David: ¡Cuan amables son, Señor de las virtudes, tus tabernáculos! ¡Cuanto desea verles mi alma! Yo siempre he amado la hermosura de tu casa, y el lugar de tu habitación gloriosa. Despues de estas y otras muchas expresiones alusivas al gozo que concibió su corazon en aquel tránsito, quedó en una suspension agradable: y preguntada por san Jerónimo si sentia alguna cosa que le diese pena, respondió en griego, que todo á Dios gracias era paz y tranquilidad: y santiguándose entregó su espíritu en manos del Criador á los 26 de enero del año 404, quedando su rostro tan hermoso, y sereno, que mas parecia dormida, que difunta.

Luego que se divulgó su muerte en Jerusalem, Palestina, Egipto, y otras provincias contiguas, concurrieron innumerables personas, hasta los monges mas retirados en aquellos desiertos, á tributarle los obsequios debidos en su funeral, que mas parecia triunfo que exequias lúgubres; cantándole salmos, himnos, y alabanzas en la lengua hebrea, griega, siríaca y latina. Solo los pobres, huérfanos y viudas lloraban amargamente de haber perdido tan caritativa madre. Los mismos obispos llevaron sobre sus hombros el cadáver á la sepultura contigua al establo donde nació el Redentor. La prueba de sentimiento que en la ocasion

dió su hija Eustoquio, es digna de referirse, la cual abrazándose con el venerable cuerpo de su madre, pedia ser con el sepultada, cuya pena procuró templar S. Jerónimo, hablándola en estos términos: No llores, ni sientas mas, pues todos debemos envidiar la dicha que disfruta Paula en la patria celestial, por la que suspiró ansiosa todo el tiempo que peregrinó desterrada en esta vida. El mismo santo Doctor para eterna memoria grabó en su sepulcro un epitafio con elegantes versos latinos, que decia: Aquí está sepultada aquella, cuyo linaje de parte de padre descendia del rey Agamenon, llamada Paula, primera del senado romano, que pasó á Belen por seguir la pobreza de Jesucristo.

En este dia se celebra en el monasterio de S. Estéban de Ribas del Sil del órden de S. Benito en el reino de Galicia, la memoria de S. ASURIO, GONZALO, OSORIO, FROALENGO, SERVANDO, PELAYO, ATANAULFO, y ALFONSO, ilustres Prelados de diferentes Iglesias de España: que habiendo renunciado las dignidades episcopales, se retiraron al espresado monasterio, floreciente por entonces en el primitivo fervor de la observancia regular, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor libres de los cuidados del siglo. Hicieron en aquella ilustre casa una vida portentosa, y tuvieron la dicha por sus heroicas virtudes de morir en opinion de Santos, la que quiso el Señor acreditar por medio de los muchos milagros que se dignó obrar por la intercesion de sus siervos fidelísimos: cuyos venerables cuerpos dieron los monges sepultura con separacion en el claustro con sus respectivos epitafios; pero juntando todas las santas reliquias de estos insignes obispos D. Alonso Pernas en la reedificacion que hizo de aquel monasterio, las trasladó en el año 1373 al altar mayor, permaneciendo unidas hasta que interesándose despues en el de 1594 Fray Victor de Naxera en el adorno del templo de la misma casa, las estrajo del arca de madera antigua, y las colocó separadamente en los nuevos sepulcros que hizo labrar á los lados de la misma ara mayor, donde se conservan en grande veneracion, y tienen su respectiva lámpara cada uno.

La Oracion de la Misa es la que se sigue:

O Dios, que cada año nos tífice Policarpo; concédenos la alegras con la solemnidad de tu gracia, de que honrando su bienaventurado mártir y pon- cimiento en el cielo, nos rego-

cijemos mereciendo su protección en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera del cap. 3 del Apóstol S. Juan.

Carísimos : todo lo que no es justo, no es de Dios, como ni tampoco el que no ama á su hermano. Este es el sermón que me habeis oído desde el principio, á saber, que os ameis mutuamente; no como Cain, que siendo hijo de maldad dió muerte á su hermano. ¿Y por qué le mató? por ser sus obras malignas, y justas las de su hermano. Hermanos, no os admireis si el mundo os aborrece; pues sabemos

que amando á los prójimos, somos trasladados de la muerte á la vida. El que no ama permanece en la muerte: y todo aquel que aborrece á su hermano es homicida: y sabeis que ningun homicida tiene en sí la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió su vida por nosotros, y nosotros debemos esponerla por los prójimos.

REFLEXIONES.

El que no es justo, no es hijo de Dios. Justo es aquel que vive por la fe, y en quien la fe vive por las obras. No basta creer para ser justo: es menester vivir conforme á lo que se cree. Estos son los que con toda confianza, y á boca llena pueden llamar padre á Dios.

¿Qué dignidad mas noble, ni mas respetable, ni de mayor consuelo, que la de ser hijo de Dios? ¿Pero se mira como tal? ¿Hacen grande aprecio de ella los que la desacreditan con sus obras? El que consideráre estas con reflexion, ¿podrá de ellas inferir que Dios es nuestro padre? ¿Se podrá asegurar en virtud de ellas, que somos hijos de Dios?

Para acreditarlos de tales, es menester amar á nuestros hermanos. ¿Y reina entre nosotros la amistad pura y sincera? Cada cual ama sus intereses, ama sus gustos, ámase á sí mismo. ¿Pero adonde está aquel corazón tierno y compasivo de las miserias ajenas, aquel corazón benéfico para con los ingratos, aquel corazón generoso que solo olvida las injurias? Sin embargo este es el corazón propio de los verdaderos hijos de Dios. ¿Y es este nuestro propio corazón?

Las dos basas, sobre que se funda todo el edificio de la vida cristiana, son el amor de Dios y del prójimo. Quien no ama á su hermano, debe considerarse en estado de muerte. Por el odio

que Cain tuvo al suyo, fué, digámoslo así, el patriarca de los precitos. La envidia degenera luego en odio; éste es el carácter de los corazones viles, de las almas bajas; no mirar jamás con buenos ojos la virtud y la prosperidad de los otros. Un genio maligno, y un corazón envenenado todo lo emponzoñan.

Sabemos que amando á nuestros hermanos, pasamos desde la muerte á la vida. Parece que S. Juan reduce al amor del prójimo toda la obligación del cristiano: á lo menos quiere que la caridad sea como el carácter y el distintivo de los fieles. ¿Pues qué deben esperar aquellos en quienes una emulación maligna ha estinguido esta caridad, aquellos que tienen con sus hermanos un corazón frío, un corazón seco, aquellos que no tienen valor para perdonar una injuria? En vano se aturden, ó se atolondran á sí mismos, pareciéndoles que están indiferentes. Sea así; pero la indiferencia no es amor: y el que no ama á su hermano, téngase por muerto; el que le aborrece; repútese por homicida. La señal por donde conocemos la caridad con que Dios nos amó, es que dió su vida por nosotros: si tenemos caridad, debemos también esponer la nuestra por nuestros hermanos. Así discurre S. Juan sobre la caridad, y por esta regla debemos examinar hasta donde alcanza la nuestra.

El Evangelio es del capítulo 10 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo animaba á sus discípulos á no temer la muerte corporal, les dijo: Nada hay encubierto que no haya de revelarse, y nada oculto que no haya de saberse: lo que os digo en secreto, decido en público; y lo que escuchais al oído, predicadlo en las alturas. No temais á los que dan muerte al cuerpo, y no pueden darla al alma; temed mas bien al que puede sumergir el alma, y cuerpo en el in-

fierno: ¿acaso no se venden en un dinero dos pájaros; y sin embargo uno solo de ellos no caerá en tierra sin la voluntad de vuestro Padre celestial? Sabed, que todos los cabellos de vuestra cabeza están contados; y así, no querais temer, pues sois mejores que muchos pájaros. A todo aquel que me confiese á presencia de los hombres, también le confesaré yo ante mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Del Infierno.

PUNTO PRIMERO. — Considera que hay infierno, esto es, un lu-